

LA
TRAICIÓN
DEL HALCÓN



MARGARET OWEN

Como nueva jefa de los Cuervos, Fie sabe bien que no debe esperar que los miembros de la realeza cumplan su palabra. Aun así, tiene la esperanza de que el príncipe Jasimir lleve a cabo su parte del juramento y proteja a su casta. Pero entonces el humo negro cubre el cielo, anunciando de la muerte del rey Surimir y el comienzo de la despiadada lucha de la reina Rhusana por el trono. La reina bruja usa la mortífera plaga para unir a la nación de Sabor en contra de los Cuervos... y para expandir su monstruoso ejército. Por eso, Fie y su bandada se ven forzados a mantenerse ocultos y a dejar que la plaga haga estragos en el país. Sin embargo, a todos les queda poco tiempo antes de que los Cuervos mueran de hambre en el exilio y Sabor desaparezca para siempre.

Una desesperada Fie llama a viejos aliados para derrocar a Rhusana desde el interior de sus propias paredes. Pero dentro del palacio real, la única diferencia entre un conquistador y un ladrón es un ejército. Para sobrevivir, Fie deberá descifrar no solo cuál es el plan de Rhusana, sino también los ancestrales secretos de los Cuervos. Secretos que pueden salvar a los suyos o destruir el mundo.

*A todos aquellos a quienes les piden arder y, en lugar de eso, deciden
alzarse.*

*Y a mis amigos: tampoco estáis en este.
Por ahora, solo me dejan poner a los gatos.*

«El sol renacerá, incluso de nuestras cenizas».
—Credo de los Cisnes Negros

«No desperdicies armas, sobre todo, las de tus enemigos».
—Proverbio de los Halcones

PRIMERA PARTE

Reyes y Parias



1

Las mil Conquistas

Fie estaba tardando demasiado tiempo en cercenar el cuello de la muchacha.

No era el acto en sí; en las tres semanas desde que había quedado al frente de su bandada de Cuervos, Fie había impartido misericordia más de un puñado de veces. Una luna atrás, Tavin le había dicho que matar jamás debería hacerse más fácil, pero de todos modos lo hacía. Y demasiadas vidas habían terminado en el filo del acero de la jefa Cuervo desde entonces como para fingir que no había algo de verdad en eso.

No, la dificultad estaba en la pecadora.

La joven había estado sentada en su camastro cuando Fie entró en la estancia de cuarentena; los ojos, oscuros e imperiosos; la boca, una barra rígida como la que cerraba la puerta del lado exterior. Su camisión de mangas cortas hecho de lino era de buena calidad, pero demasiado sencillo para la única hija de una gobernadora Pavo Real; el pelo negro estaba peinado en una trenza limpia y brillante que el sudor de la fiebre aún no había desgredado ni opacado.

Tenía un pergamino a medio desenrollar apoyado sobre el regazo; la luz del sol de cerca del mediodía empañaba las ventanas cubiertas de lona solo lo suficiente como para que ella pudiera leer.

Fie supuso que la muchacha Pavo Real tendría más o menos su edad, más cerca de los diecisiete que de los dieciséis años. Pero delicados círculos de una erupción de venas negras habían comenzado a brotarle en las sienes, lo bastante tenues como para que solo tuvieran algunas horas, lo bastante comprometedores como para indicar que a la joven le quedaban apenas unas horas. Minutos, ahora que Fie había venido por ella.

La mayoría de las veces, Fie encontraba a sus pecadores delirando, aturdidos, incluso muertos; la plaga de los pecadores jamás dejaba que ningún alma se le escabullera de las garras, y despojaba a sus víctimas de hasta las más simples dignidades. Nunca un pecador había observado así a Fie, como si fuera un lobo caminando demasiado cerca de unas ovejas.

Fie debería haberse dejado la máscara puesta. En lugar de eso, se la quitó.

Debería haber desenvainado su espada rota. En lugar de eso, esta permaneció donde estaba, contra la cadera.

Debería haberle dicho a la chica Pavo Real que cerrara los ojos. En lugar de eso, apuntó el pergamino con el mentón y preguntó:

—¿Qué estás leyendo?

La muchacha Pavo Real se reclinó hacia atrás, entornando los ojos. Hizo una mueca con la boca.

—No importa... de todos modos, no sabes leer. —Arrojó una pequeña bolsa tintineante hacia Fie—. Ahí tienes. Que sea rápido y certero.

La bolsa estaba llena de dientes de leche y cuando Fie tocó uno, sintió en sus propios huesos que la chispa del diente cantaba con fuerza y estridencia. *Niemi Navalí szo Sakar*, declaró, *hija de...*

Fie sacó la mano de inmediato. El diente había sido de Niemi, *la joven pecadora*, y seguiría siendo estridente hasta que ella muriera. Los otros se mantenían en silencio, pero Fie identificó la canción de los brujos Pavos Reales entre ellos. La hija agonizante de la gobernadora los ofrecía como soborno.

—No es así como funciona —aclaró Fie, amarrando la bolsa a su cinturón—, pero lo llamaremos una propina.

—Solo haz lo que has venido a hacer de una vez por todas.

Fie se encogió de hombros, se quitó la capa en el mismo movimiento y desenvainó las espadas abrochadas a la cadera. Una de Tavin, el chico Halcón que había dejado atrás: una hermosa espada corta forjada con el mejor de los aceros, que brillaba con timidez bajo la diluida luz del sol. La otra espada apenas podía llamársela así: un filo viejo y maltrecho, partido a la mitad, cuya punta no eran más que púas irregulares. La espada de un jefe Cuervo, buena solo para la misericordia. Esa espada se la había dado Pa, a quien pronto también tendría que dejar atrás.

Fie no tenía ganas de afligirse por eso, así que sostuvo en alto ambas espadas y preguntó:

—¿Cuál de las dos prefieres? —Mientras la cara de la muchacha se ponía gris, Fie se acercó a ella para que la viera mejor. Las letras en el pergamino se ordenaron en palabras para la jefa Cuervo, con más rapidez ahora gracias a sus frecuentes prácticas de lectura—. Ah. *Las mil conquistas*. No es más que una pila de basura.

De inmediato, la muchacha Pavo Real levantó el pergamino, frunciendo el ceño.

—No me extraña que pienses eso. No esperarías que una Cuervo tuviera buen gusto.

—Voy por la conquista... ¿doscientos de las mil? —comentó Fie, alargando las palabras—. Hasta ahora, los únicos Cuervos que aparecen son unos subnormales sucios y ladrones. O monstruos. El académico Sharivi parece pensar,

sin embargo, que los Pavos Reales mean ambrosía, así que veo el atractivo que tiene para ti.

—Es la verdad —siseó la joven pecadora—. Los Pavos Reales nacemos para gobernar. La Alianza os hizo como castigo.

Fie lo había escuchado antes; suponía que, para la mayor parte de Sabor, no había dudas en eso. Todas las otras castas nacían con un don, una gracia innata legada por los dioses muertos, como la habilidad de las Grullas para detectar mentiras o la de los Gorriones para eludir la atención indeseada. De algunos se creía, incluso, que eran dioses muertos reencarnados en las castas que habían fundado; como los brujos Grullas, quienes podían arrancar la verdad a un mentiroso, o los brujos Gorriones, que podían desaparecer completamente de la vista.

Pero los dioses muertos habían privado a los Cuervos de un don propio. Sus brujos solo podían robar los dones de los huesos de otras castas y solo si un vestigio de su vida pasada persistía en esos huesos. Y como la única casta inmune a la plaga del pecador, su oficio era rebanar pesquezos y cremar cuerpos.

Debido a todo eso, Fie no dudaba de que la vida de un Cuervo sonaba como un castigo para una Pavo Real de alta cuna. La mayor parte de Sabor creía que los pecadores muertos renacían en la casta de los Cuervos para expiar los crímenes que habían atraído a la peste hacia ellos.

Y sin embargo...

Se acuclilló en el piso de tierra y apoyó sus espadas entre ella y la Pavo Real.

—Lo gracioso es que si tuviera que pensar a cuál de nosotras dos favorece la Alianza en este momento... —Fie se dio un golpecito en la mejilla—. Bueno, supongo que es ahí donde el académico Sharivi y yo estamos en desacuerdo.

Fie pensó que la muchacha la miraría con desprecio, que la atacaría en respuesta.

En lugar de eso, Niemi cerró los ojos y se llevó una mano al sarpullido de la cara, la marca del pecador. Su voz se quebró.

—Supongo... supongo que tienes razón.

Un helado fragmento de culpa se anudó en las tripas de Fie. Sí, despreciaba a esa muchacha delicada y limpia, y no solo porque la pecadora la odiara a ella. Pero solo una de las dos saldría viva de esa habitación.

Pa le diría que dejara de jugar con la comida.

En lugar de eso, Fie preguntó:

—¿Sabes por qué te escogió la Alianza?

Los labios de la Pavo Real se cerraron con fuerza. El dedo tembló al apuntar a la espada Halcón.

—Quiero esa.

—Los ricos siempre eligen la espada sofisticada —reflexionó Fie—. No me has respondido.

—Acaba ya con esto —escupió la muchacha.

Fie levantó *Las mil conquistas* y comenzó a enrollar el pergamino.

—Han pasado cinco años desde la última vez que los Cuervos pasaron por las tierras de la gobernadora Sakar, ¿lo sabías? —El pergamino soltó un crujido particularmente beligerante—. Escuché que la última bandada no logró salir de aquí. Bueno, al menos no la mayoría.

La joven Pavo Real no emitió palabra.

—Un muchacho logró escapar. Otro jefe lo encontró, lo llevó con mi padre. Su nombre era Hangdog.

Era. Dos lunas atrás, había intentado huir de ser Cuervo. Dos lunas atrás, había muerto en los escalones de una mansión de Pavo Real.

Cuando Pa creyó que Fie era suficientemente mayor, le contó lo que le había ocurrido a la primera bandada de Hangdog. Y él le había hablado sobre eso solo una vez.

—Él me contó que una niña rica fue a su campamento. Dejaron que ella mirara la pira, dejaron que usara una máscara, dejaron que viera la espada del jefe, porque no le di-

ces que no a un Pavo Real, ni siquiera a uno pequeño... Y luego, esa noche la niña llevó a la Cofradía de las Adelfas a su campamento.

Las manos de la joven Pavo Real se cerraron en puño contra su immaculado camisón de lino. Otra marca del pecador había comenzado a tatuarle el antebrazo.

A la mayor parte de Sabor le gustaba pensar que la Alianza tenía la intención de que los Cuervos fuesen castigados. Por lo que Fie sabía, la Alianza no tenía nada que ver con eso; las Adelfas tan solo se autodefinían como sus verdugos.

Niemi Navali szo Sakar lanzó una mirada furiosa, brillante, a Fie.

—Lo volvería a hacer.

Fie le ofreció una sonrisa arisca, llena de dientes, y metió *Las mil conquistas* entre su cinturón y la tela de su túnica.

—Supongo que por eso la Alianza te llama, entonces. Acuéstate. —La muchacha no se movió. Fie sopesó intencionadamente la espada Halcón—. No puedo sujetar la espada y a ti.

La pecadora se acostó.

Gotas de sudor le moteaban la cara.

—¿Dolerá?

Para entonces, Fie había visto miles de vidas, fantasmas que se movían de un lado a otro en la cabeza como un banco de peces, cada vez que extraía los dones de huesos ya secos desde hacía mucho tiempo. Había visto la vida de reyes y parias, de amantes y enemigos, conquistadores y ladrones. Algunas vidas terminaban en sangre, otras en calma. Algunas habían muerto a manos de Pa, un filo en la garganta que les concedía misericordia en la agonía de la plaga. Veía esas vidas y esas muertes más que ninguna otra.

—No —mintió Fie, y apoyó la espada contra la garganta de la pecadora.

El acero limpio tembló con cada latido que pulsaba en el cuello de la muchacha, más fuerte por la furia, más rápido por el miedo.

La joven Pavo Real respiró hondo temblorosamente y miró a Fie a los ojos.

—La Cofradía de las Adelfas irá a por vosotros esta noche, lo sabes, ¿no?

Lo dijo como una promesa. Como una amenaza. Como un recordatorio de a qué castas favorecía la Alianza, incluso aunque estuviese a punto de morir.

Y ahí fue donde lo jodió todo.

Fie le ofreció una sonrisa más, fría y benévola como el acero contra la garganta de la muchacha.

—Que lo hagan.

La verdad era que impartir misericordia a los pecadores nunca se había vuelto más fácil.

Pero, a veces, ellos facilitaban las cosas.



En las últimas tres semanas, Fie había aprendido un nuevo truco útil para negociar el viático.

Cuando Pa era quien rebanaba pescuezos, hacía todo lo posible por, al menos, limpiar sus manos después. La sangre aterraba a los familiares, solía explicar él, y a veces eso aceleraba el pago porque la gente quería que los Cuervos se marcharan rápido; pero con mayor frecuencia, eso solo hacía que los parientes ciñeran con más fuerza sus monederos.

Fie no se molestaba. Más bien al contrario, montaba un espectáculo al quitarse los trapos sangrientos que llevaba anudados a los codos mientras el representante de la familia presentaba su viático. Nadie quería contar monedas sobre una mano que todavía estaba roja y pegajosa de misericordia.

Y esa era la idea.

Los Sakar habían despachado a una Gorrión para que negociara con Fie, una que vestía las túnicas simples y refinadas de los sirvientes de la casa, una cuyos ojos enrojecidos indicaban que había sido cercana a la muchacha muerta. Una aya, entonces. En una mano, tenía una voluminosa bolsa con nakas para pagar el viático; la otra rozaba las monedas tintineantes para sacar, con rencor, unas pocas.

Fie había aprendido, tras años y años de experiencia, que siempre había gente tratando de reducir el viático.

A veces era porque creían que los Cuervos no sabían contar y no se darían cuenta de que los habían engañado. A veces, porque querían que los Cuervos *supieran* que los habían timado, para recordarles que no podían exigir una paga justa sin correr riesgos. Esta mujer Gorrión, supuso Fie, tenía las mismas instrucciones que muchos de los sirvientes con los que trataba. Todas y cada una de las veces, les entregaban un monedero grande, pero les indicaban que les dieran a los Cuervos lo menos posible.

Así que, en las últimas semanas, Fie había aprendido a no dejar que hicieran eso.

La aya Gorrión se retrajo ante la sangre en los brazos de Fie, con ojos llenos de lágrimas. La jefa Cuervo sacudió la cabeza para quitarse el sudor del pelo. Se habían mantenido en el norte la mayor parte de la luna del Cuervo, pero la humedad del verano había llegado incluso hasta ese territorio.

—Nada que temer. Puedes entregarle el viático a mi compañero Khoda.

Fie podía ver cómo las cuentas chirriaban contra el cráneo de la aya; para cuando llegó a la conclusión de que Khoda no era el nombre de un Cuervo, ya era demasiado tarde. Un Halcón alto y delgado y cara impassible ya estaba de pie frente a ella con la mano extendida y una lanza apoyada alegremente contra el hombro.

El truco, había aprendido Fie, era hacer que entregaran el viático a alguien a quien no pudieran correr el riesgo de engañar.

Una agitación de sedas en un balcón cercano llamó la atención de Fie. Dos Pavos Reales estaban de pie allí, todavía vestidos con sus batas de cama y aferrados uno al otro, con rostros serios. La sirvienta Gorrión levantó la vista hacia la gobernadora y su esposo, perpleja, mientras la puerta de la estancia de cuarentena crujía detrás de Fie.

Anoche tenían una hija.

Ahora, Madcap y Wretch cargaban lo que quedaba de ella hasta el carro de los Cuervos, envuelta en lino ensangrentado.

La gobernadora Sakar asintió con un movimiento rígido del mentón, luego enterró la cara entre las amplias mangas de seda de su bata.

La aya tragó saliva. Su bolsa de nakas repiqueteó como una campanilla al aterrizar, llena y abundante, en la mano de Khoda.

Fie escuchó que Madcap reprimía una risa, que terminó transformándose en tos. Menos de tres lunas atrás, semejante recompensa habría sido impensable, una carga incluso; una cosa más por la que la Cofradía de las Adelfas iría a cazarlos. Pero ahora...

Khoda era uno de los cinco Halcones que se habían ofrecido a escoltar a la bandada de Fie en sus viajes para responder almenaras de plaga. Y desde que tenían escolta, había ocurrido un milagro peculiar. No solo la gente había comenzado a pagarles el viático, sino que, por primera vez, habían podido *quedárselo*. Ninguna Adelfa atacaba sus campamentos; ningún Halcón en los puestos de vigilancia los había amenazado para conseguir sobornos. La bandada de Fie había dejado generosas donaciones en cada santuario-refugio y aun así tenían más que suficiente para vivir hasta el próximo viático.

Y ahora tenían una bolsa de monedas casi del tamaño de la cabeza de Fie. Ni siquiera había tenido que recurrir a una danza del dinero.

—Eso es suficiente —comentó y se humedeció los labios para silbar la orden de marcha.

—¡Esperad! —La Gorrión señaló el pergamino asegurado en el cinto de Fie—. Ese... ese era su favorito.

Las mil conquistas. Donde las castas espléndidas eran hermosas y sabias, las castas cazadoras eran valientes y honestas y los Fénix casi perfectos como los dioses.

Donde los Cuervos eran ladrones y tontos y monstruos... y nada más.

—Lo quemaré con ella —repuso Fie. Los hombros de la aya se relajaron con su alivio. Fie agregó por lo bajo—: Todos ganamos.

La mujer Gorrión parpadeó al escucharla.

—¿Qu...?

Fie silbó la orden de marcha y se fue caminando por la carretera antes de que la mujer pudiera llegar a alguna otra conclusión.

Un tintineo familiar señaló que la cabo Lakima estaba en su lugar autodesignado, un paso detrás de Fie; cada pisotón de las botas de la Halcón era calculado, como si se los estuviera racionando a la ávida carretera. Al principio, el crujido del cuero, la sombra que duplicaba la suya, le resultaban escalofriantes a Fie. Y le resultó casi tan perturbador como cuando la cabo Lakima le preguntó cuáles eran sus órdenes.

Ahora, Fie supuso que se había acostumbrado, más o menos, a ambas cosas. Formaban una extraña procesión fúnebre al avanzar traqueteando por la gravilla polvorienta: una joven jefa delgada y nervuda con su máscara picuda puesta, la sombra de una Halcón cerniéndose sobre la espalda, nueve Cuervos más, tirando del carro con la pecadora muerta, tres Halcones más en la retaguardia. Había deja-